

CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD

56

ESPIRITUALIDAD Y VIOLENCIA

- o Carlos Cardó Franco, S.J.
- o Mateo Garr Mattingly, S.J.
- o J. Carlos Flores Lizana, S.J.
- o Jorge Álvarez Calderón



BX 23
C 26

CENTRO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA
PERU - Octubre - Noviembre - Diciembre - 1991

No la puedo pensar sola

**La vida y muerte de Agustina Rivas,
fruto y parte de nuestra Iglesia**

Jorge Alvarez Calderón¹

No puedo pensar en la hermana Aguchita sin asociarla a la vida diaria, concreta de mucha gente. Cuando pienso en ella, pienso evidentemente en primer lugar en sus hermanas del Buen Pastor que desde hace años vienen ahondando de manera seria y profunda su vocación propia, en contacto con la realidad concreta de los pobres de nuestro país. Pero pienso, instintivamente casi, en tantas otras mujeres de nuestras comunidades cristianas que día a día sirven, aman y literalmente se desviven por nuestro pueblo. Ellas están en el campo, en los pueblos jóvenes y en los barrios, en las ollas comunes y en los botiquines populares y en cuanta iniciativa surge para salvar al hermano de la muerte. Esas mujeres son parte activa de nuestra iglesia, participan en nuestras eucaristías y alimentan su fe con cantos tan conocidos como éstos: "Danos un corazón grande para amar, fuerte para luchar", "amar es entregarse, olvidándose de sí...", "antes que te formarás dentro del vientre de tu madre, yo te conocía y te consagré..., para profeta yo te escogí...". Ellas son hermanas de nuestra gran familia cristiana junto con tantos hombres, con tantos jóvenes que, desde su lugar propio, viven la misma fe y dan testimonio co-

1 Del libro "María Agustina Rivas - Testigo de la Misericordia", CEP, Lima-Perú, Julio 1991, págs. 94-105.

tidiano de consagrados por Dios para el servicio de la vida de este pueblo nuestro.

Pienso evidentemente también en las religiosas y religiosos presentes en las zonas de emergencia, algunos de ellos desde hace varios años ya. Ellos son tenaces y humanos servidores de Dios en un pueblo que está sumido en el terror y la inseguridad desde todos los lados. Esas personas han ido ahí, y ahí se mantienen, no porque quieran ser mártires sino porque quieren sumarse a los habitantes de esos sectores destrozados y hermanarse a ellos en su resistencia y su lucha por vivir. Son religiosas y religiosos que van allá con la audacia del Resucitado por abundancia de amor, por exigencia de amor, por solidaridad que quiere hacerse carne en la vida cotidiana, como sacramento del Señor que se hizo -y es- solidario por amor.

Yo no puedo pensar en Aguchita sin pensar en todas esas personas que para mí significan también nombres muy queridos y concretos. Quizá esto me ocurre porque yo no la conocí personalmente. Pero quizá por eso mismo ella se me convierte en alguien particularmente significativo. La siento, en efecto ahora, como una hermana mayor de la familia grande formada por tantas y tantos que quizás no nos hayamos encontrado nunca pero que si llegamos a vernos, de inmediato nos sentimos unidos por lazos profundos. Y esto no como sentimiento superficial sino como algo hondo que tiene base sólida.

Evidentemente, lo que nos une es "la misma fe, el mismo bautismo, el mismo Dios y Padre". Sin embargo, hay algo más: ese misterio común y fundamental se lo vive ahora, desde la perspectiva del Concilio Vaticano II y Medellín, lo cual significa cambios muy grandes en nuestra manera de comprender las cosas. En efecto, a través del movimiento eclesial y espiritual que estos acontecimientos han generado, hemos llegado a comprender al Señor y a nuestra Iglesia como indefectiblemente ligados con la vida, con la historia, con los pobres. Eso nos ha hecho caminar más allá de "nuestras" fronteras, ahí donde nos esperaba El, nos ha convertido. Y por lo tanto, también nos ha unido, dándonos un cierto rasgo familiar a las comunidades de laicos o religiosas que han seguido la misma ruta. Ha sido en efecto conversión unificadora porque asentada en opciones de vida comunes.

Yo aprecio en Aguchita su ser peruana -y ayacuchana-, su ser sencilla sin pretensiones (como las mujeres populares), su opción de servir a la vida de los pobres inclusive en la vejez, su deseo de hacerlo desinstalándose en una edad donde naturalmente se tiende a lo contrario. Yo aprecio a Aguchita porque hizo todo eso sin bombos ni platillos. La apre-

cio quizá inclusive, porque no me la imagino en discusiones bizantinas sobre la teología de la liberación. Para mí, más bien, ella la supo vivir, sin saberlo quizá, en la cotidianeidad de su práctica. ¿Y no es eso lo que pretende justamente la teología de la liberación? Sí, es eso y nada más que eso. Ser sensibles, como Dios es sensible, al sufrimiento injusto de nuestros hermanos y comprometerse en su seguimiento para que esta situación cambie y que haya, finalmente, plenitud de vida para todos.

Yo aprecio a Aguchita porque por todos esos signos ella es muy claramente un fruto de nuestra renovación eclesial, un fruto de Medellín.

Muerte indignante

Por todo ello el asesinato de esa mujer no sólo produce rechazo sino que rebela. A qué grado de inhumanidad se está llegando como para considerar a una persona como Aguchita una "enemiga del pueblo" merecedora de muerte; qué grado de inhumanidad tiene el grupo que la asesinó deliberadamente! ¡Y pensar que eso ocurre ya entre nosotros desde más de diez años... y pensar que en ese destacamento asesino participaron los tristemente llamados "niños de la muerte"! ¡Y pensar que la injusticia de fondo que es la provocadora subterránea de todo este caos todavía está presente en el país, y, pero aún, se hace cada vez más cruel, insensible, inhumana!

Es importante expresar nuestra indignación por esta manera horrible de matar. El hecho que en este caso hayan abaleado a una religiosa nos llega evidentemente más cerca a las personas de iglesia y nos obliga a mirar el horror que actúa tenebrosamente en el Perú hace ya tantos años. Pero no basta ahora hacer un "mea culpa" por nuestra ya conocida tentación a la insensibilidad. Debemos decir también que el asesinato de una religiosa no sólo puede significar peligro para los agentes pastorales sino sobre todo la posibilidad de mayor peligro para los más humildes. Puede significar en efecto nuevas y más intensas escaladas de terror en poblaciones cada vez más desguarnecidas, sin apoyo, sin defensa y con un estado que además sistemáticamente las abandona, las desprecia, muchas veces las ignora y.. hasta las ataca.

El asesinato de Agustina debe movilizarlos a todos. No podemos esperar más. El hecho no puede quedar sólo como algo triste pero episódico. Es preciso que la vida de nuestra iglesia quede marcada con esta muerte para evitar quedar mirando las cosas como desde un balcón. Debemos abrir bien los ojos ante esas injusticias y esos desprecios que arrastramos desde siglos ya. Medellín ya nos había llamado fuertemente

la atención al respecto, y Dios sabe cuánto camino queda aún por recorrer para ser evangélicamente coherentes.

El racismo sordo y cruel que existe entre nosotros debe además dolernos y repugnarnos. Es eso lo que, entre otros factores, influye para que la violación de los derechos humanos en nuestro país no encuentre suficiente eco ni en nuestra sociedad ni a nivel internacional. Y eso a pesar que somos desde hace varios años uno de los países donde, por ejemplo, más detenidos y desaparecidos existen.

Es preciso tomar conciencia que estamos en momentos de suma urgencia y que eso significa a nivel personal y comunitario tanto la revisión seria de prioridades, compromisos, estilos trillados propios de épocas tranquilas como también ahondar en las bases mismas de nuestra fe. Es época de conversión en profundidad, donde el Espíritu desea actuar en corazones dóciles y libres de ataduras egoístas. En realidad es época que urge definirse por la vida o por la muerte y bien sabemos por dónde ubicarnos los que nos llamamos discípulos de Jesús.

Pueblo de santos

Agustina fue asesinada. Ella no buscó la muerte sino la encontró. Ella nos dice más bien, desde su generosa sencillez hasta qué punto ella quiso ser y fue una porfiada luchadora y servidora de la vida. Estoy seguro que ella, más de una vez, debió pensar en los peligros que la rodeaban. Pero, al igual que muchos otros, ella fue a esa lejana región del Perú no por la muerte sino por la vida. No por un morboso y siniestro motivo de autoaniquilamiento sino porque la situación del pueblo le preocupaba y la motivaba el mensaje del Buen Pastor que da su vida para dar la vida. Esa es la lógica del cristiano. Por esa lógica también dio los pasos adecuados con sencillez humana, sin imaginarse héroe, porque esa es la ley simple del amor.

Aguchita, en su gesto audaz y simple no está sin embargo sola. ¡Cuántas personas alrededor nuestro son del mismo temple! ¡Cuánta gente hay así en nuestro pueblo, en nuestras comunidades! Es bello poder decir en verdad que estamos en tierra de santos, no sólo porque aquí brotaron en otras épocas los primeros santos de la iglesia americana, sino porque hoy día, entre nosotros, casi sin hacerse notar existen muchas Agustinas.

Es importante subrayar el hecho. Pues hay sectores que continúan teniendo mucha desconfianza frente a lo que se ha dado en llamar "iglesia comprometida". Esta no pretende ser otra cosa que el intento sincero

de vivir el evangelio en la desafiante realidad actual. Monseñor Angelelli, obispo de Rioja en Argentina, asesinado por la dictadura de su país en 1976 por un compromiso similar por el pobre, solía decir, con la transparencia de un hombre santo, lo que era precisamente la santidad: "tener un oído puesto en el evangelio y el otro puesto en el pueblo". Así de simple; así de exigente. Pero lo bello, lo cuestionador, lo que alimenta grandemente la esperanza es ver que entre nosotros existen miles y miles de cristianos que viven así. Su compromiso con el pueblo y con las organizaciones del pueblo, lejos de apartarlos de Cristo, los une más estrechamente a El.

En verdad, hoy día podemos decir que la santidad ya no está confinada en los monasterios o en gente particularmente dotada; la grandeza de la experiencia eclesial actual en nuestros países es que la santidad ha logrado ubicarse por todos lados. Ha invadido las calles y los micros, los barrios y los centros de trabajo, los comedores populares y los sindicatos. En todos esos lugares, es cierto, por ser lugares sufrientes de humanidad, prolifera el pecado, pero abunda también la gracia. Los cristianos que alimentan su fe en nuestras comunidades viven en esos mundos y están dando frutos reales de santidad. No santidad de élites sino santidad de pobres. Precisamente porque toman en serio el misterio de la encarnación y se encarnan con la lógica de Jesús en la vida popular concreta para transformarla. Eso forja santos sólidos, testigos que interpellan, signos de nueva esperanza.

La encarnación, cargada del amor fuerte de Dios por la humanidad, resulta en los hechos conflictiva tal como fue la experiencia de Jesús. Es normal que la encarnación vivida como seguimiento del Maestro, produzca rechazo por parte de los amigos de la muerte, pero es Buena Nueva para los que tienen entrañas de humanidad. Por eso la encarnación, vivida en relación con la historia concreta de los pobres es pascual. Va en efecto en contracorriente a cierta forma de ser propia del poderoso y del que se siente árbitro de la vida ajena. Pero está cargada también de la fuerza resucitadora del Espíritu del Señor. Por eso deviene en energía que genera seres humanos nuevos, capaces de amar y entregarse, capaces de contribuir en los cambios que tanto necesitamos. Esa clase de gente, es preciso decirlo, existe numerosa entre nosotros y son esperanza de que algo nuevo podrá surgir. Agustina es una de ellas, hay muchas más. Su eliminación injusta y cruel nos exige por lo tanto ahondar más en el sentido de esa experiencia amplia de santidad de la que Agustina fue partícipe.

Martirio: testimonio y profecía

Es cierto, si Agustina no hubiera sido asesinada, de seguro ella hubiera pasado desapercibida. A su muerte, algunos pocos la recordarían, como pasa con la mayoría de la gente. Hubiera sido una más... una de tantas más. Pero la asesinaron y ese hecho cambió cualitativamente todo. Aguchita ya no es una más, ha devenido en testigo, en profecía. Es ya una de esas hermanas mayores que marcarán definitivamente la vida de nuestra iglesia peruana y nos ayudará a seguir mejor a Jesús.

En la tradición de la iglesia, el mártir es el testigo por excelencia por no haber renegado a su fe ante la muerte. Aguchita ha resultado ser de ese temple. Estoy seguro que ella nunca se lo imaginó, nunca lo pensó. Pero, de hecho, en la hora de la verdad, ella fue coherente. No renegó de sus opciones ni de su servicio ni de su amor a los pobres ni de su Dios. Por eso su muerte confirma la hondura de su vida y la hace un testigo veraz.

Pero hay algo más. Su testimonio, en efecto, se extiende más allá de ella misma y alcanza a todas y todos los que, como ella, religiosos o laicos, llevan su misma lógica de vida. Porque lo que ella nos permite ver con claridad no es tanto la heroicidad de su muerte sino la hondura de su vida. Y permite valorar en términos de radicalidad espiritual la coherencia de la práctica diaria, silenciosa y abnegada de otras Agustinas que -asesinadas o no- ya han muerto o que caminan aún en medio nuestro con ese cariño humano y solicitud atenta, que es signo de verdadera santidad. Esas personas tampoco reniegan, como Agustina, ni de sus opciones, ni de su servicio, ni de su amor a los pobres, ni de su Dios. ¡Y bien sabemos por cuantas dificultades pasan! Son también mártires, es decir, testigos del Resucitado por la coherencia que muestran en esta hora difícil.

A mi parecer, es muy importante y saludable decir esto hoy día porque tantas frustraciones y desesperanzas tienden a desmoralizarnos. Es preciso valorar lo que tenemos y agradecer al Señor por la multiforme santidad que está brotando en esta débil iglesia nuestra porque se esfuerza por escuchar la Palabra de su Señor y llevarla a la práctica. Frente a este hecho, ni Sendero Luminoso, ni los grupos de poder, tienen una alternativa de vida que ofrecer. Podrán matar a algunas Agustinas más, pero no podrán apagar la fuerza del Espíritu que genera vida y nos entrega y entregará siempre gente humana y de corazón grande, como Dios.



Aquí es donde ubico también el sentido profético del hecho que nos concierne. Es profecía "sui generis". Es, por decirlo así, una profecía silenciosa donde no vale tanto el discurso que se pronuncia cuanto el significado interpelante de la transparencia de vida. Agustina, es cierto, ha sido constituida en "palabra del Señor" para todos nosotros, por todo su ser. Yo me atrevo a decir que tiene características de profecía nazarena, similar a su Hermano y Señor Jesús de Nazaret. Nazarena por su origen, Ayacucho, ese olvidado y destrozado lugar de nuestro Perú, nazarena también por ser "una de tantas", aparentemente sin brillo ni nada extraordinario, como Jesús (Mc 6, 2-3). Agustina en verdad es profeta nazarena porque llevó en serio el drama de su pueblo y puso en práctica el evangelio, entregándose íntegra, hasta el fin. Su muerte es profética porque es juicio sobre lo que está ocurriendo entre nosotros, es llamada de atención, es urgencia de acción. Y es profética además y finalmente porque revela, por su testimonio, la calidad profética de todas y todos aquellos que en su práctica cotidiana "limpian", como diría Arguedas, a nuestro Perú.

Agustina contribuye a descubrirnos la calidad profética presente en nuestras comunidades y que debe ser potenciada para arrancar una vez por todas y de raíz lo malo y sembrar lo bueno aquí y ahora.

